

LIBRO SEGUNDO

NACIMIENTO DEL PREDOMINIO DE LOS ALEMANES SOBRE LOS PUEBLOS GERMÁNICO Y ROMANO

(887-1024)

CAPITULO PRIMERO

FUNDACION DEL REINO ALEMÁN

(887-936)

Las razas alemanas habian roto, con un acto de valor, los lazos que las unian con los territorios romanos del imperio carlovingio, tomando la direccion de sus futuros destinos. Habíase, pues, consumado una reaccion del germanismo contra el creciente peligro de una romanizacion de la vida política. Al ocuparse de nuevo el trono, el clero perdió toda



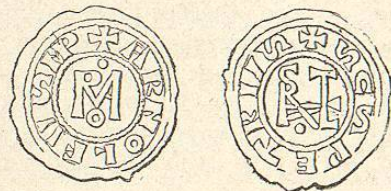
Sello de Arnulfo de Carintia.

su influencia y no se solicitó la consagración ni la coronación para legitimar al nuevo soberano, pues la revolución del año 887 fué al propio tiempo una reacción de la nobleza laica contra la funesta preponderancia del episcopado. Por lo mismo este abrigaba cierta desconfianza hacia la nueva monarquía, de cuyo origen terrenal no podía esperarse más que una política basada en puntos de vista terrenales. El clero temía especialmente por los bienes de la Iglesia, que tan grande aumento habían tenido, y esperaba que serían secularizados como en tiempo de Carlos Martel; por esto el sínodo reunido en Tréveris en el año 888 ordenó rogativas especiales para implorar el auxilio del cielo en favor de la amenazada Iglesia.

Poca cosa sabemos acerca de la persona de Arnulfo: á la decadencia general del imperio carlovingio corresponde la escasez de obras históricas contemporáneas, y aun las que existen están muy por debajo de las gráficas y animadas relaciones de anteriores tiempos. Parece como si la sencilla llaneza de Luis el Germánico, heredada por su hijo Carloman, se hubiese transmitido de la misma manera al único descendiente de este. Arnulfo había justificado su fama con la administración de la marca carintia, cuya escasa cultura supo proteger, por medio de fatigosas luchas, contra los ataques

de los vecinos eslavos. También había conquistado gran fama en sus contiendas con los normandos. Poseído de ambición legítima se había esforzado prematuramente por obtener una posición más elevada que la que tenía; pero se había visto precisado á dejar á Carlos el Gordo la soberanía de Baviera (1). De carácter vigoroso, é inclinado á proceder sin consideración ninguna, era Arnulfo el hombre que necesitaban las razas alemanas para coronar el edificio político que iban á construir. Sabía tener en cuenta los hechos consumados y no intentó limitar la independencia que habían conquistado las razas alemanas en sus luchas con los carlovingios, como se le propuso para que pudiera representar con mayor eficacia sus comunes intereses. Pero poco antes de terminar su reinado abandonó, con gran perjuicio para sí y para su reino, esta política sensata y de seguro éxito.

Como victoria de gran importancia debe considerarse el hecho de que Arnulfo lograra ser reconocido jefe de todas las tribus. Habiendo conseguido vencer esta crisis, la unión entre las tribus quedó robustecida para lo porvenir, aumentándose con ello la importancia del reino franco-oriental. La misma Lorena, que vacilaba y se mantenía á la expectativa, fué por él dominada y se sometió á la influencia de su monarquía, que cada día ganaba mayores fuerzas. El cuidado principal del rey era resistir á los terribles enemigos que se lanzaban con creciente audacia sobre las fronteras del Nor-



Moneda de plata de Arnulfo y del papa Esteban VI.

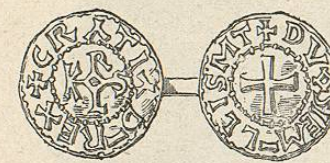
Leyenda del anverso: ARNOLFVS MP (*imperator*); en el centro hay un monograma que significa ROMA. Leyenda del reverso: SCS PETRVS; en el centro el monograma del papa.

oeste y Sudoeste. No pudiendo Arnulfo, ocupado en importantes tareas, dedicar todas sus fuerzas exclusivamente á la marca carintia, el duque Suatopluk de Moravia,—que en otro tiempo, con auxilio de los bávaros, había conseguido apoderarse de la posición de su asesinado tío Rastislaw,—creyó poder sacudir la dominación franca y convertir su reino, con la anexión de todos los territorios eslavos vecinos y con

(1) Véase más arriba.

la conquista de las comarcas alemanas fronterizas, en un gran imperio moravo. Arnulfo no pudo acudir allí inmediatamente, pues tenía que luchar en el Norte con los daneses y los abodritas; por otra parte la Sajonia, bajo la dirección del poderoso conde Ludolfo, se emancipaba de su soberanía, y además, en Alemania, se agitaban los partidarios de Bernardo, hijo de Carlos el Gordo, que vivía en los territorios que le había asignado Arnulfo y trataba de constituirlos en reino independiente. El plan de rebelión fué, sin embargo, descubierto; Bernardo tuvo que emprender la fuga y fueron confiscados los bienes de sus cómplices. La actitud de la nobleza alemana no por esto mejoró, sino que en 881 abandonó el ejército, que luchaba contra los normandos, y Bernardo creyó que podía renovar su empresa con mayores esperanzas de éxito, cuando fué asesinado por el rético conde Rodolfo, instigado seguramente por Arnulfo. Entonces cesó la oposición de los alemanes y Arnulfo encontró entre ellos obediencia. La brillante victoria que, entretanto, consiguió sobre los normandos fué muy provechosa para su situación.

Mientras el rey permanecía, durante la primavera del año 891, en Baviera, teniendo bajo su soberanía los principales territorios del reino franco-oriental, los normandos invadieron la Lorena oriental, después de haber saqueado las indefensas comarcas del reino franco-occidental hasta el Mosa. Arnulfo corrió apresuradamente al auxilio de aquella región y su rápida aparición hizo que los normandos se retiraran. Apenas regresó á Baviera, los terribles enemigos pasaron de nuevo el Mosa por Lutich y avanzaron hasta la comarca de Aquisgran. El ejército franco, que entretanto se había reunido en aquella ciudad, los atacó, librándose cerca de Meersen, en el punto en que el torrente de Geulen se precipita en el Mosa, una batalla (26 de junio de 891) en la cual los alemanes, que atacaron precipitadamente y sin orden alguno, sufrieron una terrible derrota, perdiendo muchos nobles, gran número de plebeyos y el campamento. Cargados de botín regresaron los normandos á las costas; pero inmediatamente Arnulfo salió de nuevo á campaña y



Moneda de Carlos III el Simple.

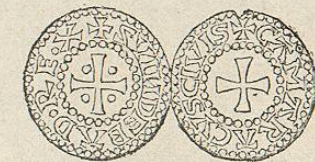
Leyenda del anverso: GRATIA D REX; el monograma del centro significa KAROLVS. Leyenda del reverso: DVOSIEM-LLISMT; en el centro hay una cruz.

solo con el ejército franco intentó restablecer el honor de las armas alemanas, pues los alemanes, descontentos, se marchaban con diferentes pretextos á su patria. El enemigo, seguro de la victoria, retrocedió para volver á encontrarle, levantando en Lovaina, entre el Dyle y unos pantanos, un campamento con murallas de tierra y de madera. Arnulfo resolvió atacar, pero como aquel terreno no permitía á la caballería, de que se componía su ejército, moverse libremente, ordenó á los jinetes que se apearan y los llevó al través de los pantanos para dar el asalto. Este acto de audacia no dejó de producir su impresión sobre los normandos. A pesar de su resistencia desesperada, el campamento fué asaltado y el ejército normando, descorazonado por la muerte de sus más bravos caudillos, fué acorralado al otro lado y arrojado al Dyle, que por allí pasaba y en cuya corriente encontraron la muerte algunos millares de soldados. Esta glo-

riosa victoria, conseguida el día 1.º de noviembre, infundió nuevamente en el ánimo de los normandos, que desde hacía muchos años estaban saqueando impunemente las costas alemanas, un gran respeto á la fuerza guerrera de los alemanes; y aun cuando en la primavera siguiente algunos de ellos saquearon la Lorena, respetaron las fronteras franco-orientales, pudiendo estas comarcas, durante tanto tiempo asoladas, reponerse paulatinamente.

Menos afortunado fué Arnulfo en la lucha que sostuvo contra el otro adversario, Suatopluk de Moravia. La guerra, que había estallado en 892, y en la cual Arnulfo, aliándose con los búlgaros, procuró dividir las fuerzas del enemigo, tuvo suerte varia y le causó grandes pérdidas; y solo cuando la muerte cortó á Suatopluk su brillante carrera, los territorios fronterizos del Sudeste, que tan amenazados habían estado, pudieron verse poco á poco seguros, auxiliados por el perseverante valor de la nobleza bávara, bien que para sufrir al poco tiempo una sacudida más terrible todavía.

Esa limitación de su poder real enfrente de las distintas tribus y los peligros que desde el exterior le amenazaban



Moneda de Zwentiboldo, rey de Lorena.

Leyenda del anverso: ZVINDEBAD REX; el centro lo ocupa una cruz con una bola en cada ángulo. Leyenda del reverso: CAMARACVS CIVIS; en el centro hay una cruz.

hubieran debido disuadir á Arnulfo de toda intervención en cuestiones de países lejanos. Pero las tradiciones carlovingias y las tendencias á la dominación universal que subsistían con la idea de una resurrección del imperio, eran demasiado poderosas para que Arnulfo, envalentonado con sus anteriores triunfos, no se dejara llevar de ellas para aumentar su autoridad en el interior y extender las fronteras de sus Estados. La tenaz lucha que por la posesión del trono sostenían Berenguer de Friul y Guido de Spoletto, era un incentivo para conquistar la corona de Italia. La Iglesia romana, recelosa del incremento que tomaba el poderío de su antiguo protegido Guido, imploró el auxilio de Arnulfo, y Berenguer lo solicitó también. El momento propicio para conseguir un éxito trascendental fué aquel en que Arnulfo, á principios del año 894, llegó en pleno invierno y después de fatigas y dificultades de toda clase á la Lombardía. Solo la sorpresa que esto produjo en su enemigo le valió una multitud de victorias. Bérgamo fué tomada el día 2 de febrero del año 894 y por su resistencia castigada con una severidad que difundió el terror por todas partes. En Pavia, la mayor parte de los magnates lombardos prestaron vasallaje á Arnulfo, y los que se resistieron á ello fueron hechos prisioneros. Cuando el rey prosiguió su marcha hacia el Oeste encontróse con que la población de Ivrea le cortaba el camino que debía conducirlo al valle de Aosta. No sintiéndose con fuerzas bastantes para atacar las fuertes posiciones del marqués Anskar de Ivrea, tuvo la fortuna, guiado por gente conocedora del país, de hacer una marcha transversal evitando el sitio en que amenazaba verse envuelto y encontrando expedito el camino de Alemania. De esta suerte se decidió el éxito de la campaña, pues al retirarse Arnulfo sus conquistados derechos de soberanía cayeron en el olvido; Berenguer se hizo independiente y Guido se aprestaba ya á

reanudar la lucha, cuando le sorprendió la muerte. La guerra de Moravia impidió á Arnulfo aprovecharse del giro favorable que tomaban las cosas. A fines del año 895 pudo penetrar de nuevo en Italia; pero entretanto, su situación en el imperio había sufrido un cambio radical y las tendencias de su gobierno habían tomado una dirección contraria á la que habían tenido en su origen y en los primeros tiempos.

A pesar de que su elevación al trono había sido debida únicamente á la situación en que entonces se encontraba el imperio y á sus excelentes dotes personales, no á ningún derecho hereditario, Arnulfo alimentó el deseo de perpetuar en su familia la dignidad real. No tenía hijos legítimos y por lo tanto contra la sucesión de alguno de sus hijos naturales, Zwentiboldo y Ratolfo, podían aducirse los mismos argu-



Sello de Carlos III el Simple.

mentos que se habían opuesto al emperador Carlos cuando deseaba asegurar la de Bernardo; además Zwentiboldo, como se vió despues en Lorena, no era hombre de especial aptitud; pues de genio vivo y despótico, era incapaz de atraerse simpatía alguna. Esto no obstante, las pretensiones de Arnulfo, expuestas á los magnates francos reunidos en 889 en la dieta de Forscheim, no fueron rotundamente rechazadas, antes bien se le prometió que serían admitidas en el caso de que su esposa Ota no le diera sucesión legítima. Este proyecto de sucesión fué despues enérgicamente combatido por la nobleza laica: la de Alemania murmuró, la de Sajonia se emancipó de la influencia del monarca y la de Baviera apenas podía soportar el peso de la continúa guerra en las fronteras, porque despues de la muerte de Suatopluk se veía obligada á luchar incesantemente contra la Bohemia y contra otros enemigos vecinos. Arnulfo se malquistó con la nobleza franca nombrando á Zwentiboldo rey de Lorena, el cual, con su despotismo, tuvo muy pronto muchos enemigos, y al intervenir en la lucha que Carlos el Simple, hermano menor de Luis III, sostenía en la Francia oriental contra Odon de Paris para hacer valer sus derechos al trono, comprometió las fuerzas de su partido en el extranjero. La monarquía de Arnulfo quedóse, pues, sin ningún apoyo en las comarcas por él creadas. Sus planes de sucesión no podían realizarse sin promover un conflicto en ellas. El reinado de un bastardo, á no ser que debiera su origen á circunstancias tan excepcionales como las que habían determinado la elección del mismo Arnulfo, únicamente podía implantarse con el auxilio de la Iglesia, y á conseguirlo se dirigieron todos los esfuerzos de Arnulfo, que hasta entonces había tenido al pontificado por enemigo. A esto se agregaba el proyecto sobre Italia: la corona imperial, que desde la muerte de Guido de Spoleto ceñía su hijo Lamberto, solo podía con-

quistarse con la ayuda de la Iglesia, mientras que la posesión del título imperial prometía robustecer la situación de Arnulfo en Alemania y favorecer sus planes de sucesión. Así, al regresar de Italia, se realizó en sus relaciones con el clero un cambio que modificó también por completo el carácter de su soberanía.

Esta nueva política fué solemnemente inaugurada en un sínodo de obispos alemanes que, simultáneamente con una dieta convocada por Arnulfo en mayo del año 895, se celebró en Tribur. Los mismos obispos que, cuando la elección de Arnulfo, habían implorado el auxilio del cielo contra los peligros que á la Iglesia amenazaban, ensalzaron á la sazón al rey presentándole como príncipe sabio que inflamado por el Espíritu Santo del ardor del amor divino, mostraba con sus hechos que no había sido elegido por hombres sino por el mismo Dios (1); pues les había invitado á que discutieran lo divino y lo humano y corrigieran los abusos, á fin de que la Iglesia pudiese gozar de sus honores con libertad completa. Los acuerdos del sínodo guardaron armonía con este preámbulo. Arnulfo, el elegido de la nobleza laica, se confesó públicamente adversario de todos los que fuesen enemigos de la Iglesia y desobedeciesen á los obispos, y excitó á los congregados á que procuraran enmendar el estado de las cosas. Atronadores aplausos acogieron las palabras del rey Arnulfo. Parecía haberse retrocedido á los tiempos de Ludovico Pio: el Estado se declaró nuevamente servidor de la Iglesia y puso su autoridad á disposición de los obispos para atender á la disciplina eclesiástica. Resolvióse que los condes fueran obligados á comparecer ante los tribunales episcopales; que se castigara sin consideración alguna toda ofensa hecha al clero y que se aplicaran también castigos terrenales contra los excomulgados que persistiesen en la impenitencia, declarándose fuera de la ley á los que opusieran resistencia á estos mandatos. De esta suerte reconquistó el episcopado, con el asentimiento de Arnulfo, su antigua preponderancia, renaciendo con mayor fuerza el antagonismo funesto que entre él y



Sello de Luis IV el Niño, rey de Germania.

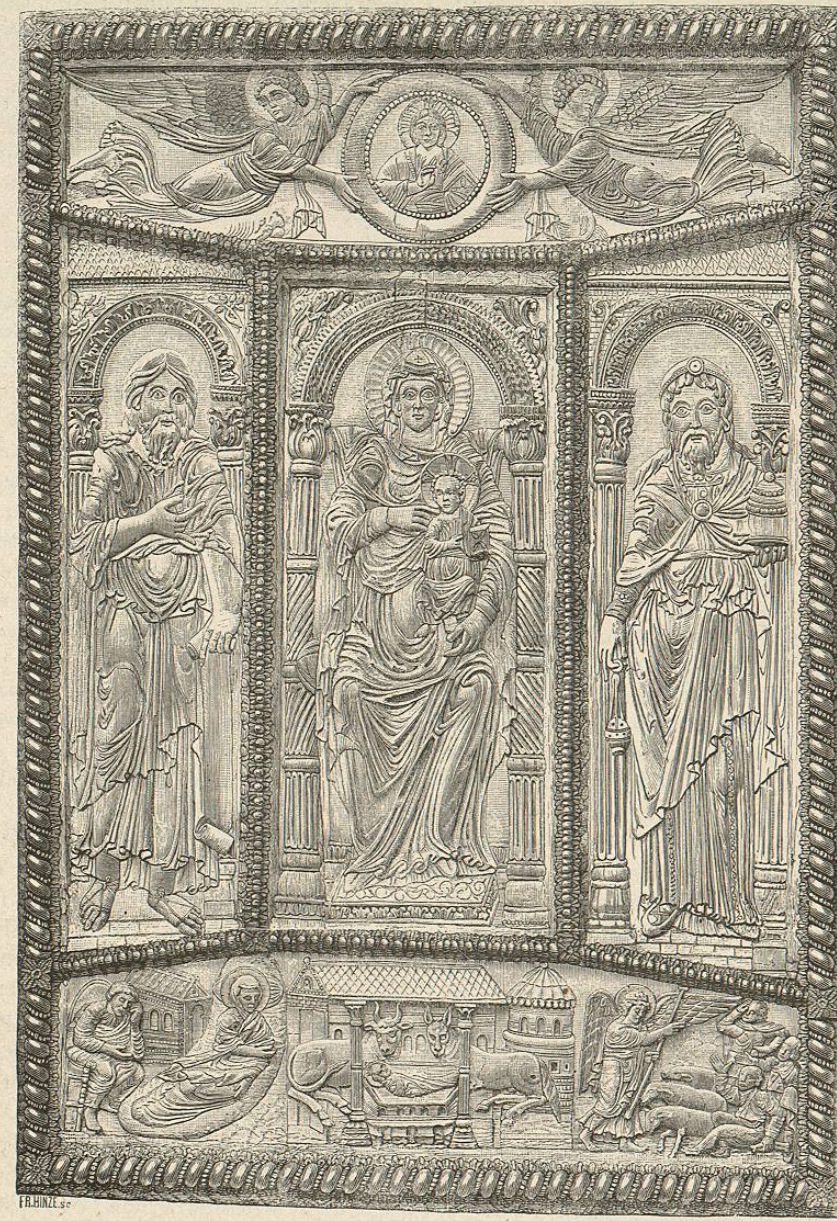
la nobleza laica existía; pero en cambio el rey Arnulfo se granjeó el favor de la Iglesia, al cual debió primero la corona imperial y luego la sucesión de su hijo. Ota había dado al rey, en el palatinado de Oettingen (893), un hijo que fué bautizado con el nombre de Luis por el arzobispo Herman de Colonia, asistido de Adalberto de Augsburgo y del ambicioso Salomon III de Constanza, que muy pronto fué el consejero más influyente del monarca.

Pocas semanas despues del sínodo de Tribur, dirigióse Arnulfo hácia el Sur. El mismo papa Formoso, por más que aparentemente estuviera al lado del emperador Lamberto, hijo de Guido de Spoleto, le había excitado, por medio de una embajada secreta, á que se presentara cuanto antes en

(1) Véanse las actas del sínodo de Tribur, *Mon. Germ. hist. Leg.*, tomo I, pág. 559.

Italia, pues la preponderancia de los partidarios de Guido en Roma amenazaba hasta su persona, y por otra parte, Berenguer había empuñado de nuevo las armas en la Alta Italia. Berenguer, cuando Arnulfo se presentó, durante el otoño del año 895, en Lombardia, se apresuró á comparecer sumiso ante la corte real, á pesar de lo cual perdió su marquesado. Despues de muchos padecimientos ocasionados por un pre-

matureo invierno, llegó por fin Arnulfo con su extenuado ejército á la ciudad eterna (febrero del 896), á la cual encontró preparada para la resistencia bajo la dirección de la enérgica Angeltrudis, madre de Lamberto. Los alemanes establecieron su campamento junto á la iglesia de San Pancracio, cerca de la puerta de este nombre que conducía al Trastevere, probablemente en el sitio que hoy ocupan las frondosas alamedas



Tapa de marfil tallado de un libro del siglo IX

Representa en su parte central á la Virgen sentada en su trono con el niño Jesús en los brazos. La figura del cuadro de la derecha se supone ser la del rey-sacerdote Melquisedec, y la del cuadro de la izquierda un profeta, probablemente Isaías. En la parte superior se ven dos ángeles sosteniendo la imagen del Salvador, y en la inferior, el nacimiento del mismo, con los pastores y el ángel que les anuncia el fausto suceso. Esta tapa mide 37'5 centímetros de alto por 26'3 de ancho, y se conserva en el museo de South-Kensington, de Londres.

y los hermosos jardines de la Villa Doria Pamfili. El consejo de guerra, al cual Arnulfo no ocultó la gravedad de la situación, decidió ponerle término por medio de un asalto, preparándose para la atrevida empresa con una solemne fiesta religiosa. Una escaramuza que sostuvo Arnulfo con algunos romanos impacientes, al ir á reconocer con pocos soldados las murallas, fué convirtiéndose, á causa de la intervención de nuevas tropas por ambas partes, en una verdadera batalla general. Los alemanes avanzaron; se encontraron muy pronto

junto á las puertas y procuraron romperlas. Sin pertrechos de asalto, comenzaron á encaramarse por las murallas: los romanos asustados cedieron y al anochecer de aquel corto día de invierno los alemanes se vieron, sin saber cómo, dueños de la parte de la ciudad que se extiende á la derecha del Tíber. El papa Formoso no ocultó que estaba aliado con el rey alemán, en favor del cual se declaró también una parte de la población; de manera que aquella misma noche fué ocupada sin ulterior lucha toda la ciudad de Roma. Al día siguiente